

Un hombre destrozado

Por José María Vidal y Pallejá

Por lo que acaba de leer no voy a crearme un asesino. No apere ni siquiera de mí una crónica de sucesos, que por lo general son las crónicas que más gustan en estos tiempos modernos. Lo que voy a contarle es una simple conversación sostenida con un hombre físicamente entero, empero descuartizado en cierta manera. Usted va a verlo.

—Yo siempre había sido un hombre muy amable en todos los órdenes de la vida. Mi boca nunca tuvo un «no» para nadie. Como comerciante que soy era excesivamente tolerante en los tiempos a que me refiero. Siempre me daba por satisfecho con la conhabida promesa de que en la próxima operación se me compensaría, ya fuese por la inferioridad del género, ya se tratase de faltas de peso. En la vida de soledad me ocurrían cosas parecidas. Era condescendiente con todas las faltas ajenas. Mi humildad era proverbial. Mi casa era así como un sumidero de peticiones. Todos los meses se me iba una suma considerable de dinero entre limosnas, colectas, suscripciones, cuotas de protección a la vejez, a la madre a la gota de leche y demás bagatelas análogas. Incluso me llovían las mandas por correo, era incluíndome billetes de sorteos desconocidos cuando no títulos de protector para tal o cual seminario. Por lo visto me fama de hombre bueno me estaba convirtiendo en un tipo así como un tipo popular. Mi corazón y mi cartera jamás hacían el sueco a la menor lamentación. Mi caridad no conocía la sordera. Mi techo era regimiento de desvalidos. No recuerdo de una sola doméstica que no se levase en su hoja de servicios algún descalabro amoroso. Mi señora, que en paz descansa, era presidenta de no sé qué clase de ocupación de damas y le enseñaban de las chicas paraban en casa.

—Pero usted es un hombre rico y la munificencia siempre le va.

—Siempre que al menor desdichado no te quedas sin honra y facultades munificas. Ciertamente, tenía fama de rico y de hombre bondadoso, y por ese motivo mis espaldas, ya de naturaleza muy anchas, llegaron a con-

vertirse en algo así como una cancha, ¡me atizaban cada pelotazo que daba miedo! Hasta que un día, un «buen amigo» me giró una letra por valor de veinticinco mil pesetas, con el ruego enternecer de que no dejase de atenderla, dándome, bajo palabra de juramento, de que a su vencimiento me habría hecho la consiguiente provisión de fondos. Yo la acepté sin pestañear, pensando que todo hombre de negocios está expuesto a tropezar con una hora de apuros.

—Amaos los unos a los otros.

—Sí; eso está muy bien en la enseñanza primaria. Pero llegado el vencimiento, la provisión de fondos brilló por su ausencia. Le telefoné y me contestó correctamente, asegurándome me iba a hacer un giro telegráfico. Le dije que no era menester tanta rapidez; con una simple transferencia bastaba. Para mí, hasta entonces, la palabra empeñada de un hombre era algo tan sagrado e inamovible como una catedral. Puesto que iba mi firma y mi nombre era considerado entre los Bancos como algo muy respetable, no quise estampar el menor borrón en mi historial; además, no sólo tenía del «amigo» su palabra, sino también la carta de petición. Pagué, pues, las veinticinco mis pesetas. Bien pues; esta es la hora en que todavía tengo que percibir una perra chica del favor prestado al «buen amigo». En premio de ello, tengo hoy en él el enemigo público número uno por el simple motivo de haberlo amonestado con llevar el asunto al Juzgado. No lo he hecho. He preferido otra cosa.

—¿O'vidarlo?

—No. Esas cosas no se olvidan. He puesto punto final a mi vida de hombre arable, bondadoso, protector y sensible a las desgracias del prójimo. Hoy me considero llana y escuetamente un hombre moralmente destrozado. He enterrado el «otro» En este mundo de «vivos», mirado desde el ángulo humanístico, por ser bueno no dan nada y quitan mucho. Hoy comercial y civil-

mente, soy un hombre temible. Por el camino de la bondad, de la paciencia y de la tolerancia, me iba a pique. Era un barco al que los embates del mar han abierto una vía de agua. Al paso que iba, pronto habría sido presa del salvamento de naufragos, pero ya hecho «fiambre» y sobre mi tumba hoy se leería probablemente el siguiente epitafio: «Aquí yace un hombre bueno. Fué muy rico, hizo mucho bien y murió pobre. Bienaventurado sea». Y ante mis restos, más de un guasón replicaría: «Descanse en paz el noble diablo». Y yo le aplaudiría desde el fondo de mi pudridero.

No amigo A tiempo he evitado tamaña burla y que me hicieran cisco

Hoy para muchos, soy un hombre malo y me enorgullezco de ello. Todos me respetan y me sirven a cual mejor; desprecio no pocas cosas que antes tenían en mí el paño de lágrimas. Pocas me odian, muchos más que antes me andan detrás.

Hoy, a distancia, me río metafísicamente de lo que fui. No se concertaba noviazgo que no me mandasen la participación del sablazo. No pocos novios acudían a mí en solicitud de auxilio económico. Incluso me reservaban el «gran honor» de convertirme en padrino de alguno de sus hijos. Mi esposa y yo fuimos padrinos de no sé cuántas campanas. Me hicieron presidente honorario de una multitud de Instituciones benéficas y culturales. En las paredes de mi casa ya no quedaba hueco para un nuevo cuadro conteniendo un pergamino con el título de los más insospechados honores. Tanto honor llegó a intoxicarme, hasta que un buen día lo entregué todo al trapero. Hoy no soy nada de todas aquellas mojigangas. ¡Se acabó la comedia! Mi divisa es; «A quien le pica, que se rasque, y el que me la hace, me la paga». Comigo se acabó el frontón y toda

clase de juegos sucios. Los mejores abogados están a mi servicio y no me importa un pepino meter a la cárcel a más de un sinvergüenza

—Usted lo ha dicho: le han destrozado.

—Y sin embargo, me veo har to bien servido. Las mejores ofertas, las más interesantes proposiciones acuden a mí preferentemente. Doy muchos manotazos, tiro muchos papeles al cesto, incluso cartas sin abrir, porque con otras tengo bastante. Nadie se atreve a robarme un kilo ni se apartan en un ánice en servirme lo ajustado. Están convencidos que nadie paga y cumple mejor que yo, pero igualmente lo están de la dureza de hierro de mis manos para torcer el pescuezo al menor quisque que intente embaucarme.

—Se ha trocado usted en algo así como el lobo de San Francisco, ¿verdad?

—No tengo tiempo para enterarme de vidas de santos

—Pero conoce la leyenda del Santo y el lobo.

—Yo no vivo de leyendas. En mi casa se vive del valor adquisitivo de las monedas que con mis negocios se ganan. Yo no regalo una perra gorda a nadie ni se me importa un comino la muerte del vecino.

—Sin embargo, oiga usted:

«Y así me apalearon y me echaron fuera.

Y su risa fué como un agua hirviente,

y entre mis entrañas revivió la fiera.

y me sentí lobo malo de repente;

mas siempre mejor que esa mala gente.

Y recomencé a lucha aquí, a me defender y a me alimentat.

Como el oso hace, como el jabali,

que para vivir tiene que matar. Déjame en el monte, déjame en el risco,

déjame existir en mi libertad, vete a tu convento, hermano

Francisco.

sigue tu camino y tu santidad.»

(Pasa a la pág. 30)

Un hombre...

(Viene de la pág. 26)

¿De dónde se ha sacado usted esa historia?

—De "Los motivos del lobo", obra de un gran poeta.

—Y ese señor, ¿practicó esa gran verdad?

—Lo ignoro, pero supongo que no, porque hasta los treinta años corridos de su muerte no empezaron a colmarle de honores.

—Naturalmente; por aquello de que "A burro muerto, la cebada al rabo". El hombre no tiene enmienda ni compostura para el bien. Al contrario, al que es bueno lo vuelven malo, mismísima-mente como al lobo ese del cuento. A mí también, de cordero que era, me han destrozado; pero peor para ellos.

—Evidentemente es usted un hombre metafísicamente destrozado.

—Destrozado por un empacho de bondad, pero alabado sea yo que me he podido recomponer a tiempo. Incrústese en el cerebro esta sentencia, joven: **POR SER BUENO NO DAN NADA Y QUITAN MUCHO.**

—Algo así como del hombre cobarde nada se escribe en la historia.

—Exacto. Y así vivimos y así se escribe la historia.

—Sí; la historia de un hombre destrozado..